

IMRE KERTÉSZ

LA ÚLTIMA POSADA

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *A végső kocsmá*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2014 by Imre Kertész
Con permiso de Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek, Alemania
© de la traducción, 2016 by Adan Kovacsics Meszaros
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda de
Translation Fund of the Hungarian Book Foundation



En la cubierta, *Naturaleza muerta* (1907),
de Adolphe de Meyer

ISBN: 978-84-16011-79-7

DEPÓSITO LEGAL: B. 4522-2016

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

SECRETO A VOCES

(APUNTES)

Amanecer. El carácter fantasmagórico del mundo y de los hombres. Como si no existieran hombres, sino fantasmas. También yo soy un fantasma, aunque no sé de quién; o, mejor dicho, qué clase de leyes determinan qué ha de regir mi ser fantasma, qué ha de guiarlo por esta tierra.

El judío europeo es un remanente, no un anacronismo como el judaísmo ortodoxo que, con todo, sigue siendo algo así como una condición: no, el judío europeo es de hecho un tipo humano definido por los otros, incapaz ya de desarrollar ningún tipo de nexo interior con la condición de judío que le ha sido impuesta. Aún podría funcionar como una religión, pero se plantea entonces una pregunta justificada: ¿por qué no es ortodoxo? ¿Y qué significa «¡El año que viene en Jerusalén!», cuando Jerusalén existe en la realidad y ahí viven los judíos?

El verboso ensayo de Kundera sobre la novela. Todos los tópicos conocidos, pero con la elocuencia francesa, lo cual atenúa un poco su incapacidad. Entre otras cosas, Kundera llega a la conclusión de que desde Kafka la novela describe al hombre dominado desde fuera, sin ninguna posibilidad frente al poder que se adueña de todo. Ideas que me resultan familiares desde la época de *Sin destino*. Pero queda la pregunta: si el poder y la adaptación a él son totales, ¿para quién describimos entonces al hombre dominado de forma totalitaria? Para ser más exactos, ¿por qué representamos en términos negativos al hombre dominado

de forma totalitaria, para qué ente misterioso que se hallaría fuera de la totalidad y la juzgaría y, aún más, al tratarse de una novela, se entretendría y aprendería con la obra e incluso desarrollaría una actividad crítica y sacaría las conclusiones estéticas pertinentes para las obras del futuro? Lo absurdo reside en que ha desaparecido la mirada objetiva desde que Dios ha muerto, en que nos hallamos en el estado del *panta rei*, en que no tenemos un asidero y aun así escribimos como si lo hubiera o como si a pesar de todo existieran el punto de vista *sub specie aeternitatis*, la perspectiva divina o lo eternamente humano. ¿Dónde reside la solución de esta paradoja?

Por la noche ha vuelto a presentarse con particular énfasis *El solitario de Sodoma*, esa primera gran idea de mi juventud o ese primer gran tema o como quiera llamarlo: la experiencia dionisiaca, la del individuo libre que se entrega en medio del delirio ritual de la masa; este motivo ha determinado todo mi trabajo posterior (para expresarlo, por de pronto, de alguna manera), es decir, todas las tramas de mis novelas posteriores. Todavía recuerdo que paseaba por la Zivatar utca con un joven llamado Péter (ambos debíamos de tener veintitrés años por aquel entonces) y le explicaba, a él, que también se disponía a ser escritor (acabó siendo un mal escritor y murió joven), ese relato que se basaba en una vivencia mía decisiva y fundamental: fue durante el servicio militar, tal como la describiría décadas más tarde en *Fiasco*. Sin embargo, la historia de Lot de *Sodoma*, tal como la imaginé entonces, todavía aguarda a ser escrita. (Cabe mencionar que volví a toparme con ese motivo en la época de mi traducción de Nietzsche,¹ en su descripción

¹ I. K. tradujo *El nacimiento de la tragedia*, que se publicó en 1986

del hombre griego, apolíneo y dionisiaco; y entonces, como tuve una experiencia de algo *déjà vu*, cabe preguntarse si no había leído ya *El nacimiento de la tragedia* en mis años mozos, por supuesto en el lenguaje arcaico y sumamente conciso de Lajos Fülep; pues bien, no recuerdo haberlo leído, aunque, por otra parte, mientras traducía *El nacimiento de la tragedia*, tanto el texto como la atmósfera y la vivencia del mundo contenidos en él suscitaron en mí una sensación extremadamente intensa y nostálgica de algo «conocido»).

En lo que a mí respecta: cuando me toca hablar sobre la teoría de la novela o tan sólo leer sobre ella, la boca me queda seca como un estropajo. Todo esto es tan superfluo, depende tanto del talento plástico, de que uno sea capaz de insuflar vida a su mundo o no. Aun así, en la época de *Sin destino* también me interesé muchísimo por los asuntos teóricos, pero entonces de alguna manera me venía bien y la novela lo necesitaba. Ahora todo ha cambiado: *Liquidación* también precisa de muchísima teoría, de muchísimos planteamientos y soluciones de problemas, pero trabajo en ellos casi con vergüenza, en silencio, para que nadie se dé cuenta; porque para tomar conciencia de los problemas de la novela, de la novela con mayúscula, entendida en un sentido general, no sólo se necesita saber que «la novela es indagar en el ser con los medios de la novela», sino también hasta qué punto resulta hoy en día superfluo indagar en las cuestiones del ser; por tanto, es también superflua la novela y sobre todo el novelista.

La característica más importante del «estado sin destino» sigue siendo la ausencia completa de una relación en-

en Budapest. Una versión anterior es la de Lajos Fülep, que se menciona un poco más adelante. (*Las notas han sido redactadas por el traductor sobre la base de las elaboradas por Ingrid Krüger para la edición alemana de Letzte Einkehr, Rowohlt, Berlín, 2015*).

tre la existencia y la vida real. Ser carente de existencia, o mejor dicho: ser sin existencia. He aquí la gran novedad de la época.

¿Cómo hay que escribir? «Monsieur Leuwen padre, uno de los socios del famoso banco Van Peters, Leuwen & Co., sólo temía dos cosas en el mundo: a la gente aburrida y el tiempo lluvioso»... Stendhal. El prólogo, en el que, cosa habitual en él, dedica su libro a la atención de los *happy few*, a sus «escasos y selectos lectores», desemboca con un giro sorprendente en la siguiente frase: «Procura que tu vida transcurra sin odio ni temor». (Esto podría encabezar como lema tu vida).

«La mayoría ama por lo visto esa mezcla dulzona de hipocresía y mentira que se llama régimen parlamentario». *Lucien Leuwen*. Por cierto, fue Ligeti quien me recomendó a Stendhal. Durante un tiempo me gustó mucho este autor; luego creí que los modernos eran más interesantes. No es seguro que tuviera razón. ¿De quién aprendí más? Creo que de Thomas Mann (la audacia y la postura del escritor, la diligencia y la dignidad, y para no olvidarlo: la cultura), así como de Camus (el aferrarse de manera implacable a un solo tema como única posibilidad). Desde entonces apenas leo a ninguno de los dos. Dicho sea de paso, Stendhal era moderno. «Todo arte es arte nuevo».

Aguardo malhumorado el momento en que se descubrirá sin la menor duda lo mucho que se ha deteriorado mi estilo y lo mucho que se ha embotado mi mente desde que escribo en el ordenador. Y hasta qué punto me he vuelto más charlatán.

Así debería titular mi última novela-diario: *Fin de partida en el club nocturno El seguro perdedor*.

30 de marzo de 2001

Estos apuntes se distinguen sustancialmente de los anteriores. Me gustaría descubrir por qué escribo ahora de forma mucho más plana. Es posible que viva simplemente en un mundo más sobrio que carece de metafísica o—digamos, para satisfacer las exigencias de este mundo—de la necesidad de la metafísica. Ya no hay misterio, sólo la simple miseria material-espiritual, el retraso histórico, la existencia gregaria, la evolución hacia la incapacidad política. Todo ello no se debe ya a factores externos, sino que es un hecho, el resultado de la actividad propia, autónoma e independiente del país y de la sociedad. Y si se plantea la pregunta de qué tengo *yo* que ver con esto, he de buscar la respuesta del *citoyen*, pues en apariencia soy ciudadano de un país libre e independiente, mientras que mis experiencias testimonian algo muy distinto. Una pregunta difícil, a la que sólo la emigración daría una respuesta relevante e inequívoca. Pero emigrar también es plano. Sin embargo, ahora tiendo más bien a entender que las circunstancias sociales sí han intervenido en este «yo mismo», en su génesis. Al menos en parte, soy un prisionero de mis circunstancias, y esto es válido también para mis manifestaciones intelectuales. Si digo: soy un escritor judío (porque, a pesar de todo, este hecho ha marcado y marca más que nada mis circunstancias), no estoy diciendo que yo mismo sea judío, ya que, por desgracia, no puedo decirlo teniendo en cuenta mi cultura y mis convicciones. Puedo afirmar, sin embargo, que soy el escritor de una forma de vida judía anacrónica, del *galut*,¹ de la forma de vida de los judíos asimilados, portador y representante de esa forma de vida, cronista de su liquidación, mensajero de su necesaria desaparición. En este sentido, la *Endlösung*, la Solución Final, desempeña un papel decisivo. Aquel cuya identi-

¹ En hebreo, 'exilio' (o 'diáspora').

dad judía le viene dada única y exclusivamente por el intento de exterminio de los judíos, por Auschwitz, no puede llamarse judío en cierto sentido. Es el «judío no judío» del que habla Deutscher,¹ su variante europea sin arraigo; desempeña un papel grande—y quizá también importante—en la cultura europea (si es que tal cosa existe), pero ninguno en la historia reciente del judaísmo ni, en general, en la renovación del judaísmo (y una vez más hay que añadir: si es que la hay o la habrá). El «judío» sólo es una categoría inequívoca para los antisemitas.

La novela,² un hijo tardío, malcriado y frágil; provoca graves cuitas a su anciano padre. Le vienen todas las enfermedades infantiles, y uno se preocupa continuamente y se pregunta hasta dónde aguantará su vitalidad. No me extrañaría encontrarlo muerto una mañana. Pero me sentiría desolado...

En cierto sentido incluyo a Koestler entre mis parientes espirituales, como a todos aquellos a los que el sentimiento de responsabilidad por el mundo sedujo y llevó por caminos equivocados, hasta que hallaron en la ausencia de una patria su paz e incluso su vocación. La caída de Europa en los años treinta fue un drama que el mundo recordará durante mucho tiempo, y cuando leo a Koestler no acudo a sus obras de ficción, sino a esos documentos estremecedores que escribió como testigo del siglo sobre la desintegración de la existencia burguesa, sobre su desilusión con el movimiento comunista, su huida y su internamiento en Francia.

¹ Isaac Deutscher, *The Non-Jewish Jew and Other Essays*, Londres, Oxford University Press, 1968. I. K. se refiere en varios ensayos a este concepto (véase *La lengua exiliada*, Madrid, Taurus, 2007).

² I. K. alude a *Liquidación*, la obra que estaba escribiendo en esa época.